



EGO ROGAVI



BRAULIO
FERNÁNDEZ

BRAULIO FERNÁNDEZ

Profesor titular del Instituto de Literatura. Universidad de los Andes

Belleza y moral pública

"La belleza salvará al mundo" es una famosa frase que Dostoievsky puso en boca del príncipe Myshkin en su gran novela *El idiota*. También la citó Benedicto XVI en cierta oportunidad, y también esta otra en el discurso ante los artistas en la Capilla Sixtina, el 21 de noviembre de 2009: "La humanidad puede vivir sin la ciencia, puede vivir sin pan, pero nunca podría vivir sin la belleza, porque ya no habría motivo para estar en el mundo. Todo el secreto está aquí, toda la historia está aquí". No es frecuente que los papas citen a novelistas, pero ¿qué podemos extraer de estas palabras cuando las vinculamos a la moral pública? Dicho de otro modo: ¿tiene cabida la belleza en este ámbito?, ¿por qué y cómo?

Desde luego, en metafísica, la belleza es uno de los trascendentales del ser. Y, por ejemplo, lo bueno y lo verdadero es también bello. No les fue fácil a los escolásticos definir belleza (sigue siendo difícil), pero acuñaron un término interesante: el *pulchrum*. Su sentido tampoco tiene una precisión exacta y unívoca, pero apunta a la idea de armonía, equilibrio, perfección y proporción. La belleza como esplendor del bien y de la verdad. Por lo demás, ya lo había dicho san Agustín en el Libro X de sus *Confesiones*, con respecto a Dios, la perfección misma: "Tarde te amé, belleza tan antigua y tan nueva, tarde te amé" (*Sero te amavi, pulchritudo tam antiqua et tam nova, ¡sero te amavi!*)

Me parece que no es muy difícil trasladarse desde aquí al ámbito de la ética o la moral, que esta vez haremos sinónimos. Casi de manera intuitiva, apreciamos que una buena acción, un acto justo, el despliegue de alguna virtud, es equilibrio y armonía, restablecimiento de un cierto orden en las cosas. La definición clásica de justicia, "dar a cada uno lo suyo", es un ejemplo evidente. Pero una santa Teresa de Calcuta, atendiendo a leproso, también posee una peculiar belleza: la de la caridad, el amor, la entrega a un otro, aunque no logre devolverle la salud. Con otras palabras, la belleza —entendida como la estamos entendiendo acá— excede o no se limita al campo de lo estético, sino que penetra el ético. Aunque también podríamos decir perfectamente que hay una cierta estética en el acto moralmente correcto. O al revés: que el mal es feo, desequilibrado, imperfecto. Y que, por ello, también molesta, incomoda y contraría. Degrada.

Oscar Wilde, en su prefacio a *El retrato de Dorian Gray*, escribió que un libro nunca es moral ni inmoral, sino que está bien o mal escrito. Y a lo que apuntaba con esta frase audaz y provocadora es que, en el ámbito de las artes, el juicio estético prevalece siempre sobre el ético, aunque este está inevitablemente presente. Si la literatura, por ejemplo, es representación de la acción humana (*mimesis praxeos*, diría Aristóteles), signada en algún estado o condición, este arte, desde Homero hasta acá, está plagado de moralidad, porque los actos humanos jamás son neutros. Por eso nos repugna cuando Raskolnikov asesina a la vieja usurera, y nos llena de luz la bondad de Sonia para "salvar" a su amor en *Crimen y castigo*.

Desde lo más general, toda acción que contribuya, proteja y promueva el bien común tiene, en el fondo, su grado de belleza. No solo el altruismo, el sacrificio, el heroísmo y la caridad son actos bellos

(y hasta sublimes) por su elevación moral, sino que también el cumplimiento y la salvaguardia de las normas elementales que rigen nuestra convivencia. Si la igualdad ante la ley es hermosa, pongamos por caso, es justamente porque es verdadera (todos los seres humanos somos iguales, por naturaleza, en dignidad y derechos) y también buena. Es muy notable la primera parte de la definición de "bien" que da el *Diccionario de la lengua española*: "Aquello que en sí mismo tiene el complemento de la perfección en su propio género, o lo que es objeto de la voluntad, la cual ni se mueve ni puede moverse sino por el bien...".

El poder político, ejercido así, se acerca nuevamente a la idea de orden, equilibrio, armonía y, por cierto, justicia, entendida esta también como proporción.

En el plano de la acción personal, es lo mismo. Proceder éticamente en determinada circunstancia no solo expresa lo debido (o el imperativo, si se quiere), sino también simetría y consonancia. Otra vez justicia, proporción, armonía, equilibrio. Pero también limpieza, que es un sinónimo para "pulcritud".

Así, y por otra parte, la experiencia de lo bello nos humaniza. En el arte, por cierto. En la moral, lo hemos esbozado ya. Pero también en la condición de la *polis*. El envilecimiento de ciertos sectores de nuestra ciudad es un ejemplo perfecto. El desorden, la suciedad, los rayados, el alboroto y hasta el caos no solo afean los espacios públicos, sino que afean la experiencia cotidiana de sus habitantes. Si la naturaleza, en su estado natural (valga la redundancia), es armónica, ¿por qué las creaciones humanas no han de aspirar también a la armonía? No es necesario argumentar a qué nos referimos cuando hablamos de una ciudad "hermosa" y de otra "fea".

Una reflexión final y de férrea moral pública: la pobreza puede ser y es a veces bella; pero quienes son pobres económicamente suelen vivir en contextos o condiciones de fealdad. Barrios, calles y espacios comunes degradados, sucios, yermos... Hay un enorme deber de justicia y de bien común en que todo el sistema procure brindarles la experiencia de lo bello, por elemental que sea, acorde a su dignidad de personas. De otro modo, se los condena doblemente a ser "menos", o sea, se los degrada y deshumaniza. Dicho de otra forma, se los condena a sufrir una doble pobreza. Y eso es una realidad que obliga al Estado, pero también a los particulares.

En su "Carta a los artistas", del 4 de abril de 1999, Pascua de Resurrección, san Juan Pablo II escribió lo siguiente (acápite 4):

La sociedad, en efecto, tiene necesidad de artistas, del mismo modo que tiene necesidad de científicos, técnicos, trabajadores, profesionales, así como de testigos de la fe, maestros, padres y madres, que garanticen el crecimiento de la persona y el desarrollo de la comunidad por medio de ese arte eminente que es el "arte de educar". En el amplio panorama cultural de cada nación, los artistas tienen su propio lugar. Precisamente, porque obedecen a su inspiración en la realización de obras verdaderamente válidas y bellas, no solo enriquecen el patrimonio cultural de cada nación y de toda la humanidad, sino que prestan un servicio social cualificado en beneficio del bien común.

Si cambiamos la palabra "artistas" por "belleza", su llamado sigue siendo socialmente urgente. 

“La belleza excede o no se limita al campo de lo estético, sino que penetra el ético. Aunque también podríamos decir perfectamente que hay una cierta estética en el acto moralmente correcto. O al revés: que el mal es feo, desequilibrado, imperfecto. Y que, por ello, también molesta, incomoda y contraría. Degrada”.